

Paseos por la Toledo que confortó al Greco

Walking through the town that encouraged El Greco

Reseña de: Aranda Pérez, Francisco José y David Martín López: *La Toledo que alentó al Greco*, Toledo, Antonio Pareja Editor, 2017, 423 pp. ISBN. 978-84-95453-82-2

ÓSCAR ALONSO LÓPEZ

Gestor Técnico de Biblioteca. Universidad de Castilla-La Mancha
oscar.Alonso@uclm.es / salonsolpez7@gmail.com

Cuando en la segunda mitad del siglo XIX fue aumentando a pasos agigantados el interés por la obra del Greco, gracias en parte a los impresionistas franceses, se produjo también el debate sobre la aportación ambiental de la ciudad de Toledo en su visión y desarrollo artístico, culminándose la revalorización del pintor cretense en los años previos a 1914, fecha de la conmemoración del tercer centenario de su muerte.

El intento de mostrar una visión integral y panorámica del Toledo de la segunda mitad del XVI y primeras décadas del XVII, desde un amplio prisma tanto conceptual como temático, es el objetivo marcado en esta obra por un colectivo de historiadores relacionados de una u otra manera con la Universidad de Castilla-La Mancha y con la “causa” de la ciudad de Toledo. Conscientes de que su obra no es definitiva, nos ofrecen un estudio de lo que pudo ser la ciudad a caballo entre dos siglos desde un enfoque claramente divulgativo buscando un público amplio, hablando incluso de estilo ensayístico “rozando a veces lo literario”. En este sentido, es destacable la ausencia de notas a pie de página, siempre útiles, pero que pueden hastiar al lector no especializado. Se ha suplido con la puntual indicación de los autores en cada tema y un capítulo final compuesto por un listado de obras de referencia, primando criterios de actualidad y relevancia, atendiendo también a los clásicos en la materia. Todo ello, estructurado en 14 capítulos asumidos por 12 especialistas.

Asistimos al viaje hipotético que pudo seguir *Theotocopoulos* desde Italia hasta Toledo en 1577, haciendo una prolija descripción de todos aquellos oficios, localizaciones, productos y ocupaciones que contribuyen a conocer con mayor acierto la economía y la

Recibido: 20 de enero de 2020; aceptado: 3 de julio de 2020; publicado: 30 de septiembre de 2020.

Revista Historia Autónoma, 17 (2020), pp. 139-143

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2020.17>



fiscalidad de la época, su conformación reglamentaria en los gremios, verdaderos núcleos de organización de la vida socioeconómica, cuya configuración en calles y barrios salpican la toponimia actual: agricultores y ganaderos, comerciantes, arquitectos y constructores, artistas y artesanos (“Toledo, trajinera”).

Estamos ante una ciudad cosmopolita, variada y compleja, poblada por gente de credos diversos, lugares muy dispares, de estratos sociales con enormes diferencias. Así, nos encontramos un tratamiento más o menos sistemático de este ambiente a lo largo del libro: pongamos por ejemplo los capítulos que detallan la descripción de las características de la potente y orgullosa nobleza urbana y los linajes a los que estaba unida desde un pretendido pasado remoto (“Toledo, caballera”); frente a aquella otra poblada de menesterosos y desvalidos, menos “luminosa y radiante” (“Toledo, mísera”), necesitada de toda una estructura asistencial y sanitaria conformada en la ciudad especialmente a partir de los Reyes Católicos y bien estudiada en sus espacios (parroquias, cofradías y hospitales) y características en la obra. Del mismo modo, en la ciudad confluyen mozárabes, conversos, moriscos, renegados, cristianos nuevos y viejos, esclavos procedentes de la guerra de las Alpujarras y de África, comunidades importantes de griegos desplazados debido a la presión otomana, cuyo tratamiento se encuentra más diseminado en la obra (“Toledo, saturada”, “Toledo, jolgorio”, por ejemplo). Esta urbe bulliciosa que conoció el pintor se analiza también ligeramente a nivel demográfico. Siguiendo los estudios de Martz y Porres, se observa la evolución que va desde los 80 000 habitantes de la década de 1570, pasando a hablar de más de 60 000, siguiendo las estimaciones por vecinos, para concluir en un declive constante en el cambio de siglo. De este modo, a la altura de 1630, una década después de la muerte del pintor, la ciudad estaría habitada por unas 30 000 personas.

Toledo, perdida de forma paulatina su gran influencia política tras la marcha de la Corte, siempre continuó teniendo una gran proyección religiosa, siendo considerada la capital espiritual del reino. Es así que se nos muestra cómo estaba organizado el estamento clerical, su omnipresencia en la vida de la ciudad, su papel dinamizador principal en la vida artística y cultural (“Toledo, segunda Roma” y otros). Fue un foco de influyentes miembros eclesiásticos de todos los niveles: el Greco conoció cuatro arzobispos diferentes, además de cargos del cabildo catedralicio, obispos, dignidades, así como miembros de un nutrido clero regular.

Sin duda, el ambiente humanístico y cultural es el de mayor peso en la obra. Se nos habla con profusión del conjunto de grandes intelectuales y humanistas al que estaría vinculado el cretense: conforman el grupo encargado del gobierno de la ciudad integrando su sistema administrativo y burocrático local; constituyen el pilar central del entramado educativo; y forman parte de la oligarquía eclesiástica y las familias de linaje noble. Consumidores principales de arte y libros —este último, el sector editorial, ya claramente en recesión, con escasez de títulos y pobreza de materiales, pese a la tardía introducción de los grabados calcográficos— y renovadores del mundo estético y literario. Con sus inquietudes contribuyeron a formar

grandes bibliotecas, impulsar el estudio de las lenguas clásicas y promovieron el teatro y la poesía de nuestro Siglo de Oro ("Toledo, humanista", "Toledo, imprenta", "Toledo, ¡y cierra España!"). Siempre a instancias de la potente Iglesia y su cabildo catedralicio, sirvieron de palanca en su origen y evolución de un conglomerado de instituciones educativas que, con la Real y Pontificia Universidad de Santa Catalina a la cabeza, se va creando entre 1485 y 1583 un tejido académico que comprendía otras tres instituciones educativas: los colegios de Doncellas y el de Infantes, dotados por el cardenal Silíceo en 1551 y 1557, respectivamente; y el Colegio de San Bernardino, vinculado a los estudios jurídicos universitarios. También habría que sumar la estrecha relación de la sociedad toledana con la Universidad Complutense y los diferentes trasvases bidireccionales que tuvieron lugar desde entonces con nuestra ciudad ("Toledo, academia").

Existe también un esfuerzo por dar cobertura al ámbito de lo que podríamos llamar "ciudad de los papeles", es decir, el estudio de las distintas instituciones, oficiales y funcionarios encargados de la redacción y la tramitación de la masa documental producto de la gestión administrativa corriente. Es aquí donde se nos habla de la documentación notarial relacionada con el artista, así como de la significación social de la masa de escribanos de número y amanuenses, de la documentación municipal y de los escribanos del concejo, la documentación judicial y los escribanos receptores, de la documentación eclesiástica y de los notarios que conformaban una élite socioprofesional propia junto a jurados y regidores ("Toledo, documentada").

El verdadero hecho axial que atraviesa e imbuje toda la vida del mundo católico se produce tras el Concilio de Trento (1545-1563). La pintura toledana siguió la serie de exigencias formales "características de la sensibilidad contrarreformista: sencillez en las formas, claridad de expresión, brevedad, simplicidad, llaneza o sentido claro y directo del lenguaje" ("Toledo, trentina"). Sabemos que el Greco tuvo un modo particular de interpretar dichos postulados, motivo que ha propiciado que su particularismo sea el camino hacia su inmortal reconocimiento posterior, pero todo ello es fruto de su *maniera* de ver y entender lo que se le imponía en modelos y concepciones de la nueva piedad emanada en el concilio ecuménico. Hubo toda una serie de artistas toledanos consagrados en la época, como Luis de Velasco, Blas de Prado o Luis de Carvajal, influidos por el espíritu escorialense y oficialista. También merecen ser destacados el iluminador Hernando de Ávila, Antón Pizarro y Luis Tristán. No podemos olvidar el interés que despertaron entre los artistas los objetos inanimados como protagonistas de sus composiciones, las naturalezas muertas, cuyo destacado representante toledano es Sánchez Cotán. Todo ello, junto a la presentación del oficio de pintor como sinónimo de artista y no de artesano, aparece ampliamente representado en el capítulo "Toledo, manierista".

El impacto que tuvo la reforma católica de Trento, tanto en cuestiones doctrinales como de disciplina, rebatiendo las posturas establecidas por los protestantes, cristalizó en Toledo en la celebración de concilios provinciales y diocesanos para la revisión en el cumplimiento de lo

allí establecido. El resultado de aquellos cónclaves sería la reforma del episcopado controlando sus residencias, el impulso de las predicaciones a lo largo de la amplia diócesis y la formación sacerdotal a través de la creación de los seminarios. Esta última cuestión no se llevó a cabo hasta mediados del *xix*, siendo la universidad de Santa Catalina la encargada de hacer sus funciones. De cara a la sociedad, hubo un repunte de la piedad externa, caracterizada por el auge de las procesiones, bien dentro del calendario litúrgico, bien a causa de beatificaciones y canonizaciones. Ello, acompañado de la utilización del libro como vehículo de transmisión de los valores católicos a través de la literatura moralista y edificante.

Mención especial merece el estudio y tratamiento que tiene en la obra la precursora historiografía toledana a partir de la segunda mitad del *xvi*, que la convierte en fuente documental para la confección del libro. En Toledo comenzó un trabajo de estudio y glorificación del pasado histórico de la ciudad que luego tuvo enorme repercusión en otras historias urbanas posteriores: comenzando por el trabajo más espiritual y menos rigorista de Pedro de Alcocer (1554), de objeto e inspiración patriótica; y continuando con el más documentado y preciso del canónigo Francisco de Pisa (1604), que vino a completar al primero, haciendo un gran esfuerzo en el acopio documental en pro de una mayor veracidad y queriendo aspirar a convertirse en una versión oficial de la historia toledana. Además, en la década del noventa del Quinientos había visto la luz la obra del jesuita Juan de Mariana, cuya *Historia General de España*, de carácter más filosófico e identitario, buscaba, también, mayor objetividad. Contemporáneo a este fue el también jesuita Román de la Higuera, cuya obra ha arrastrado a lo largo de la historia el efecto de los “falsos cronicones”. Al igual que esta última, que no llegó a pasar a la imprenta, de poco crédito se juzgaron entre los sectores intelectuales de finales del *xvii* y los ilustrados del *xviii* las historias de Pedro de Rojas, conde de Mora, y del capellán Cristóbal Lozano por su cercanía a los manuscritos higuierianos.

El cambio de la capitalidad a Madrid en 1561 no produjo un inmediato impacto en la dinámica de la ciudad en sus distintos ámbitos, sino que sus efectos comenzaron a notarse de forma paulatina hasta que podemos hablar de una dinámica de franco retroceso y declive en las primeras décadas del Seiscientos. Pese a los últimos grandes proyectos arquitectónicos que configuran la ciudad que podemos contemplar en nuestros días (su *skyline* que diríamos hoy), y en los que participan nuestro pintor y su hijo Jorge Manuel, la obra termina mostrándonos los esfuerzos de la que posteriormente la historiografía denominaría “Escuela de Toledo”. Estaba formada por una pléyade de arbitristas y reformistas toledanos que intentaron buscar diagnósticos y posibles soluciones a los males económicos de la ciudad y la Monarquía Hispánica en su conjunto (desvelos de Sancho de Moncada, Jerónimos de Ceballos o García de Herrera Contreras) y que se concretaron en los famosos tratados y memoriales que tan útiles, a la postre, se mostraron en el devenir de medidas concretas muy posteriores (“Quo vadis, Toletum?”).

En conjunto, la obra ofrece un completo fresco de la realidad toledana dentro del marco general de la Monarquía Hispánica que corre paralela a la vida del que es considerado como el primer pintor moderno. Es notable el esfuerzo por abarcar los distintos espacios de una realidad compleja y en constante cambio, de la cual el cretense constituyó una parte sustancial y de la que, sin duda, fue artífice desde su parcela creativa y contribuyó como pocos a perpetuar para siempre la imagen de aquella Toledo que se encuentra inextricablemente unida a su figura para la eternidad.